

BOLETIN

DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA.

La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Hotel de la *Institución*.—Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las españolas, y aspira á ser la más variada.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas: para los accionistas y maestros, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 0,50. Se publica dos veces al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la «Correspondencia».

AÑO XVI.

MADRID 15 DE ABRIL DE 1892.

NÚM. 364.

SUMARIO.

PEDAGOGÍA.

La educación intelectualista, por *D. A. Sardá*.

ENCICLOPEDIA.

Desigualdad excesiva, por *Doña C. Arenal*.—Nota preliminar al estudio de nuestra arquitectura cristiana, por *D. R. Velázquez*.—Revista literaria, por *D. R. Altamira*.

INSTITUCIÓN.

Correspondencia.

PEDAGOGÍA.

LA EDUCACIÓN INTELECTUALISTA

por *D. Agustín Sardá*,

Profesor en la Escuela Normal Central de Maestros.

I.

Son, en cierto modo, contradictorios los términos de este lema, porque nadie puede llamarse educado mientras lo que se le ha enseñado, ó mejor, mientras lo que él mismo ha hecho para educarse, no ha penetrado en su espíritu encarnando en su sér, de tal modo, que no pueda moverse ni obrar en sentido alguno sin seguir la senda que su educación le traza. Sus ideas, sus sentimientos, todo le impele á marchar en ese camino, hasta sin darse cuenta de ello. Hay más. Le será agradable ese modo de vivir, conforme con todo lo que siente y piensa, de la propia manera que el hombre pulcro experimenta un verdadero placer al asearse y, por el contrario, sufre un malestar cuando no puede hacerlo. A esto es á lo que la psicología moderna llama «la formación del carácter», de la cual, y no de momentáneos y costosos relámpagos de una libertad siempre en peligro, depende la continuidad de nuestra conducta.

Es, sin embargo, indudable que existen muchos hombres educados nada más que intelectualmente. Por eso es tan frecuente en nuestra sociedad, el observar que las ideas van por un lado y la conducta por otro. De aquí también que solemos, á menudo, pronunciar, y con harta ligereza, la palabra *hipocresía*. Seguramente que hay en el mundo muchos hipócritas; pero no tantos como el vulgo cree. La mayor parte de los así calificados, no son sino personas imperfectamente educadas. Sin malicia, manifiestan de palabra y aun por escrito, ideas y conceptos que no llevan luego á la práctica. Es que en el progreso, en todos los órdenes de la vida, hay muchos grados, dependientes en parte, de la manera como hemos sido educados. Se nos instruye, no se nos educa. Esto sucede evidentemente en las llamadas *ciencias* por antonomasia, por la falsa creencia de que constituyen un caudal de conocimientos hechos que se debe dar á los discípulos como si se les entregara una cantidad para enriquecerlos. Casi lo mismo sucede, aunque sea más extraño, con las ciencias morales: la Pedagogía, el Derecho, la Moral, etc. El defecto es deplorabilísimo.

Así vemos hombres que conocen y enseñan los más hermosos principios pedagógicos, y no educan á sus discípulos, y quizá menos aún á sus propios hijos, de conformidad con las ideas que predicán.

Otros han estudiado perfectamente los preceptos de la Moral, comprenden de un modo admirable las más sublimes concepciones de la Ética, escriben libros que motivan las mayores alabanzas de la crítica, y sin embargo, su vida es una constante negación de sus palabras.

Nada digamos de las gentes dedicadas al

estudio y ejercicio del Derecho. ¿Cuántas tienen verdadero sentido jurídico? ¿Cuántas lo llevan con suficiente calor en la conciencia para que les sirva de norma en la vida? Pocas. El resto ha aprendido el Derecho para explotarlo. Es un instrumento del oficio (abogado, juez, procurador, notario), que manejan con más ó menos rectitud por las condiciones generales de su moralidad; no porque se hayan educado jurídicamente. Y no puede ser de otro modo, puesto que hay pocos profesores que se crean en el deber de educar. Los más presumen que solo tienen obligación de instruir, y esto, durante la hora tasada de la clase. Al anunciar el bedel que dió la última campanada, se concluyó la cátedra y con ella terminaron los deberes del maestro, que además han sido interpretados en ese tiempo por tan imperfecta manera. ¡Triste y doloroso concepto de una misión que debiera ser, y es seguramente para algunos, tan elevada!

De los médicos puede decirse otro tanto. Todos conocen más ó menos la Higiene. Muchos se distinguen por su saber en esa materia. Algunos la profundizan y la exponen con elocuencia. ¡Cuán pocos son, no obstante, los que llevan sus reglas á la práctica, en el hogar, en sus hijos, aun en su propia persona! Hasta las olvidan respecto de sus clientes, ó cuando menos no las imponen con severo empeño. Son más propensos á recetar que á disponer y aconsejar con firmeza una regla de vida que en la mayor parte de los casos, vale muchísimo más que todas las sabias combinaciones de la farmacopea.

Ya sé que se ha dicho siempre: «Haz lo que te digo y no lo que yo hago.» Sentencia vana, que jamás ha hecho un convertido. Los preceptos poco dicen cuando no los corrobora una conducta ejemplar. Si ha de haber contradicción entre los hechos y las palabras, de mayor eficacia serán siempre los primeros que las segundas.

He dicho que hay grados en el progreso. En efecto. El hombre estudia, investiga, acumula en su pensamiento muchas ideas, que acepta de buena fe y estima como sanas; pero mientras no descienden de la cabeza al corazón, mientras no encarnan en él, mientras no llegan á formar hábito de obrar, producen solo una cierta convicción que sirve para exponerlas, para propagar-

las, no para vivirlas. De ahí la contradicción que el vulgo llama hipocresía. Debemos prevenirnos contra esa nota injuriosa: primero, porque no es justa en muchos casos; después, porque daña á la propaganda de la buena doctrina.

El pedagogo que no educa á sus hijos, el moralista que contradice con los hechos sus palabras, el jurisconsulto que no vive conforme á derecho, el médico que olvida las prescripciones higiénicas, no pecan generalmente de intención; faltan por no haber sido educados, por no haber recibido la enseñanza en forma que penetrara perfectamente en la entraña de su sér, constituyendo en él la segunda naturaleza de que antes he hablado.

Se dice á menudo: «¿Cómo he de creer lo que Fulano asegura, cuando él no lo practica?» Sensible es la contradicción y digna de la más severa censura si fuera hija de una conducta hipócrita; pero no juzguemos de ligero, y examinemos desapasionadamente las ideas sin mirar á su propagandista. Si la razón las sanciona como verdades, debemos tomarlas como tales, mantenerlas y, sobre todo, conformar á ellas nuestra vida. Si queremos juzgar á la persona, escudriñemos su sinceridad, aun cuando parezca desmentida por los hechos. Inclinémonos más bien á creer que está en el período de iniciación, y trabajemos, si en nuestra mano está, para que todo su espíritu se ilumine con la luz divina que brilla en su inteligencia, y para que la idea baje de ella al sentimiento y lo penetre por entero. Entonces desaparecerá el divorcio y habrá unidad entre el pensar y el sentir, entre las palabras y los hechos.

II.

Estas consideraciones deben tenerlas principalmente presentes los educadores. Uso de intento esta palabra, porque no solo educa el maestro: educan todos los hombres, y singularmente el profesor, el sacerdote, el médico, el amigo... todo el que penetra en la intimidad de los individuos y de las familias.

Claro está que el maestro debe predicar con el ejemplo. Esto se dice todos los días, y no hay necesidad de repetirlo. Pero sí es preciso decir constantemente dos cosas,

hasta que encarnen en la inteligencia y en la vida del profesorado en todos sus grados: 1.^a Que la enseñanza sea esencialmente educativa. 2.^a Que el profesor sea maestro siempre; en la clase y fuera de ella, como incidentalmente he sostenido en otro artículo.

La enseñanza será educativa cuando se dirige al entendimiento, no á la memoria; cuando forma la convicción; cuando el maestro no hace más que el oficio de instigador, de despertador de la inteligencia y el sentimiento del discípulo, para que este sea el que razone é investigue, guiado, nada más que guiado, por aquel; en una palabra, cuando el educando es su propio educador. Esto en cuanto á lo que podríamos llamar el método ó la forma de la enseñanza.

En cuanto al contenido, debemos purgar la primaria de toda vana erudición. Hay que desechar los preámbulos retóricos, las lecciones con que tradicionalmente comienzan las clases, á saber: historia de la asignatura; importancia de la misma; relaciones con otras ciencias, etc., que aquí no tienen lugar, como pueden tenerlo en otros grados. Hay que irse «al grano» desde el primer día. Llamo «el grano» en la educación primaria, á los conocimientos positivos de aplicación práctica; á los que han de servir al alumno para satisfacer sus necesidades inmediatamente ó el día de mañana; aquellos conocimientos que cuando llegue á su hogar, puedan interesar á su familia, si se los explica.

Soy, de igual modo, opuesto á una gran parte del bagaje pseudo-científico, que también tradicionalmente acompaña á nuestra enseñanza. No desecho, antes al contrario, soy amigo de los razonamientos y las demostraciones; pero cuando estas me toman un tiempo que necesito para la enseñanza de la regla práctica, ó la complican, las pongo á un lado y me atengo á lo que me ha de servir más directamente para resolver los problemas que ocurren en la vida ordinaria. Así, en la primera y aun en la segunda enseñanza suprimiría muchos razonamientos aritméticos y muchas demostraciones geométricas, á condición de que mis alumnos supieran ejecutar con seguridad, soltura y sencillez todas las operaciones del cálculo, y servirse del propio modo de la Geometría, ¿No es verdaderamente

triste que apenas se encuentre un bachiller capaz de medir la huerta de su casa y de levantar el plano, ni de hacer la más sencilla cubicación?

Hace muchos años que se enseña la agricultura en nuestras escuelas primarias, sin que esta enseñanza haya hecho adelantar un solo paso el arte agrícola en nuestro país. ¿Cómo ha de ser de otro modo, cuando se limita á simples lecturas, ó cuando más á algunas explicaciones teóricas, sin que, en la generalidad de las ocasiones, las entienda el mismo que las da? Y no hablo del caso en que el maestro se limita á hacer aprender de memoria, hasta sin comentario alguno, los capítulos de un insípido manual. De esa manera no se educa agrícolamente á nadie, ni siquiera se le hace amar el campo, y no amándolo, mal puede sentirse inclinado á las novedades y los progresos rurales. Hablará, si recuerda algo, de lo que ha aprendido sobre mejoras y adelantos; pero dejará que sus tierras sean removidas por los arados antiguos, y que la viña se cultive y el vino se fabrique como en los tiempos de Noé. Al ver sus hechos en contradicción con las palabras, habrá vecinos que digan: «Es un hipócrita». Yo contestaría: «Es una víctima de la educación nacional».

Quizás no falte quien entienda que, dando á la enseñanza un carácter educativo tan positivista, se la materializa al extremo de matar la idealidad. Opino de contrario modo. Nada hay más ideal que lo real, en este sentido, en el de que solo en la verdad puede haber ideal. Ahora bien, lo que propongo es que se deseche todo lo artificioso, todo lo que no tiene una representación animada en la vida. Precisamente de esa enseñanza artificiosa y vana, hueca de verdad y llena de desquisiciones retóricas sin aplicación práctica, es de donde salen la mayor parte de los escépticos. Dejan la escuela con la inteligencia—á lo sumo,—bien provista de ese fárrago indigesto; y como al dar los primeros pasos en el mundo, se encuentran con que para nada les sirve, siendo con frecuencia un estorbo, de aquí la triste y desconsoladora deducción: «La ciencia es una fórmula vacía, buena cuando más para hacer gimnasia intelectual».

¿De cuán diferente manera piensan los que han sido instruídos y educados del

modo que aquí se preconiza! ¡Qué goces tan íntimos encuentran en sus estudios! ¡Qué satisfacción tan pura y desinteresada les infunde el descubrimiento de una verdad, al pronto quizás sin trascendencia, pero que más tarde puede ser base, quién sabe si de prodigiosos descubrimientos industriales que mejoren la condición material y moral de millares de hombres, ó lleven á las ciencias médicas un nuevo elemento para curar las enfermedades, ó por lo menos aliviar el dolor, á veces más terrible que la misma muerte! Y ¡cómo se ensancha el espíritu, por ejemplo, al contemplar con el microscopio el movimiento, la agitación y las evoluciones de ese nuevo mundo de los infinitamente pequeños, descubierto por la ciencia moderna! Ahí es donde hay verdadera idealidad, donde el alma se eleva á lo más grande y superior, donde la fantasía encuentra las más esplendentes y brillantes maravillas.

Volvamos al tema.

He dicho que el profesor debe ser maestro siempre, en la clase y fuera de ella; solo así llenará cumplidamente su misión, y cumplirá con su deber á pesar de lo que digan aquellos que creen, como se lo he oído á alguno—y perdónese lo gráfico de la frase—que, al pronunciar la última palabra de su lección, en el último minuto de la hora de su clase, «han ganado ya el sueldo». No. Nunca me conformaré con ese estrecho y mezquino concepto del profesorado.

Nuestra función es más elevada. La sociedad nos remunera para que le demos nuestro sér, educando á sus hijos, y estos no se educan con discursos, sino desenvolviendo su espíritu, con cariño y con amor; dándole una dirección que necesita de nuestros consejos y guía en todos los momentos. Por tanto, el maestro y todo profesor, sea la que quiera su jerarquía universitaria, que cuanto más elevada mayores deberes habrá de imponerle, el maestro, digo, procurará estar materialmente con sus discípulos cuanto le sea posible, acompañándoles en los paseos escolares, llevándoles á las excursiones científicas, y hasta tomando parte en sus juegos, y en toda ocasión, debe acompañarles en espíritu con sus consejos y siempre con su cariño.

Si el profesor tiene vocación por la enseñanza, si ama á sus discípulos, si junto

con sus hijos los considera como parte de su familia, entonces esos deberes no serán trabajos, sino gusto y satisfacción; pero si no tiene tal vocación, si ha tomado el magisterio como un oficio solo para ganarse el pan de cada día ¡ah! entonces lo que yo aconsejo—no lo desconozco—será una pena, una carga, un martirio. En ese caso, hay un solo camino que seguir, no emprender la carrera de educador, ó si por equivocación se ha emprendido, resolverse á dejarla sin vacilación alguna. Esto impone la conciencia, de acuerdo con nuestros propios intereses; porque rara vez alcanzamos lucro en lo que no hacemos con vocación y gusto, y de todos modos, vale más que la ganancia material el ahorro del insostenible martirio de que he hablado y la gran tranquilidad que goza el alma viviendo según sus inclinaciones.

Más aún. El maestro ha de estar en relación constante con las familias; hablarles, escribirles, visitarlas para darles consejos saludables, advertencias que sirvan para educar á los hijos y de las que sacarán provecho, los padres y hasta el maestro: la labor de la educación y la enseñanza, es por esencia, reflexiva y recíproca (*docendo docetur*): el que la da la recibe en seguida de sí propio, así como de aquellos—podemos decir, materializando el concepto—á quienes la entrega; de manera que estos, aunque quieran, no pueden ser completamente ingratos, porque comienzan á pagar el servicio en el momento mismo de aprovecharlo. Por eso, aunque sea sensible, ¿qué puede importarnos el desagradecimiento de algunos de nuestros discípulos, si casi nos cobramos el crédito, antes de que ellos se den cuenta de que son deudores?

Una advertencia sobre el influjo del maestro en las familias. Es preciso que procure ejercerla sin que la observen los mismos que hayan de recibirla. Huya la nota de entrometido, de igual modo que la de pedante. Proscriba, en absoluto, todo lo que pueda parecer sermón. Los consejos, que resulten más bien de su conducta, de sus ideas, de una conversación general; y no los dé directa y concretamente sino cuando sea inevitable hablar con toda claridad y decisión. Combata pocas veces de frente. Corrija de soslayo, aunque sin hipo-

crecía; y si sabe callar oportunamente y ser tolerante con la opinión ajena, se granjeará muchas voluntades, que estimarán su persona y su obra, colaborando en ella aun sin quererlo ni pensarlo.

De este modo la educación no será intelectualista, sino total y verdaderamente humana. ¿Tendré además, necesidad de demostrar que solo así obtendrá, el profesor, la consideración y las ventajas que de derecho le corresponden y que inútilmente busca por otros caminos?

ENCICLOPEDIA.

DESIGUALDAD EXCESIVA, (1)

por Doña Concepción Arenal.

I.—MISERABLES Y OPULENTOS.

La igualdad absoluta es una quimera; la desigualdad excesiva, un daño grave; y más, según la época y condiciones del país que no la limita (2).

Las doctrinas, las creencias, las opiniones, los hechos, tienen en la sociedad un valor absoluto y otro relativo, según las circunstancias en que aparecen; y estos valores varían tanto, que el absoluto, el permanente, hay momentos históricos en que desaparece, como los cuerpos ligeros que se sumergen durante la tempestad.

Se comprende que, cuando coincida el máximo del valor relativo de un hecho ó de una doctrina con el absoluto, su influencia, buena ó mala, será la mayor que pueda ser. Este es el caso de hoy respecto de la excesiva desigualdad, que, siendo un mal en absoluto, económico, moral é intelectualmente considerada, lo es todavía más con relación á una época en que se predica la igualdad, y se concede en parte, y se desea con ansia en todo; y el decir «con ansia» no es decir demasiado, ni aun encarecer bastante el afán con que hoy quiere cada hombre igualarse á todos los otros. Si penetramos un poco en los sentimientos de las

masas, veremos que, para ellas, no hay conquista tan preciosa como la de la igualdad, sea que á esta sacrifiquen todas las demás ventajas, ó que las resuma todas. Este anhelo está excitado, no solo por razones, sino por sofismas y esperanzas; en la esfera jurídica, los hombres son iguales, ó van siéndolo; y cuando el derecho los iguala, no aceptan resignados tanta desigualdad de hecho.

En el estado salvaje, ya se sabe, existe el máximo de igualdad; que va disminuyendo con la civilización; y á medida que ésta se perfecciona, las diferencias se acentúan: hablándose hoy tanto de igualdad y deseándola con la vehemencia con que jamás se deseó, existen mayores desigualdades que nunca. ¿Cuándo hubo las que hoy pueden observarse entre un ranchero y un oficial facultativo; entre el que engrasa la máquina, ó es automático apéndice de ella, y el eminente mecánico; entre el vendedor ambulante, y el que sostiene vastas relaciones mercantiles; entre el mozo que limpia el polvo de un gabinete de física, ó de historia natural, de un observatorio astronómico, y el profesor que penetra los oscuros misterios de la naturaleza, induce de la constitución de nuestro globo su modo de ser pasado, y sabe la organización de los animales microscópicos y de los astros que giran á millones de leguas; entre el que no pensó nunca lo que debe á los otros y le es debido, y el que medita sobre la filosofía del derecho; entre el que se mueve sin sospechar siquiera qué relaciones armónicas y qué antagonismos tienen los que viven en la misma sociedad, y el que profundiza todos los problemas sociales; entre el que lleva espuelas de tierra en una obra, y el ingeniero que la dirige; entre el que casi no reflexiona jamás, y el que vive meditando las grandes cuestiones de la cosmología, la psicología y la metafísica?

Desigualdades de tal magnitud, que parecen incomensurables, no existieron nunca, porque nunca la inteligencia humana se elevó á la altura en que hoy se halla, coincidiendo esta elevación de la inteligencia con el embrutecimiento de numerosas colectividades á que con desdichada propiedad se llama *masas*: tanta es su inercia intelectual.

(1) Este artículo—que pertenece, como otros anteriormente publicados, al libro inédito sobre *El Pauperismo*,—fué escrito hace diez años, sin que la autora haya podido revisarlo ahora por el estado de su salud.—(N. de la R.)

(2) Hacemos en este trabajo algunas observaciones sobre la igualdad, que resultarán menos incompletas si se publica un trabajo más extenso que tenemos sobre el mismo asunto.

Y esta desigualdad enorme no es un hecho aislado ni un accidente fortuito; no es el genio, que acá y allá se eleva por inspiración, como se ha elevado siempre sobre las multitudes; no es el sabio, cuya soledad acompañan, cuando más, un corto número de discípulos: son miles de hombres que influyen directa y generalmente en la vida social; que llevan por todas partes su superioridad y ventajas, é imprimen direcciones, y allanan obstáculos, ó los crean; y esto, un día y otro día, y en todas las esferas de la actividad humana, y en cuanto puede tener influencia social.

El que está en el último grado de la escala intelectual de sociedades cultas sin participar de su altura; el que es miserable, económica, intelectual y moralmente; el que ha sido llamado *salvaje de la civilización*, es más desdichado que el de los bosques; además de la resistencia física que le falta, la desigualdad le abrumba. En toda sociedad hay armonías y antagonismos, y en la vida social todo hombre recibe auxilios y sostiene combates. ¿Y qué condiciones llevan al combate esas masas *deshevedadas* que, miserables, tienen que luchar con la riqueza, ignorantes, con la ciencia, embrutecidas y degradadas, con los entendimientos que se elevan á las mayores alturas intelectuales? La lucha del pobre es siempre *por la existencia*, y la del miserable que combate con fuerzas tan desiguales, solo por excepción rara, y aun diríamos prodigiosa, puede conducir á la victoria. Es de notar que la esfera que tiene primero que atravesar para llegar á otras más elevadas, es la económica, campo de luchas encarnizadas y de egoismos implacables, donde resuena siempre el terrible grito ¡ay de los vencidos! Y vencidos son siempre los que, por la desigualdad de armas, no pueden vencer.

La situación del miserable no es solo consecuencia de su escasez de recursos *absoluta*, sino de la *relativa*: de la desigualdad exagerada, por la que el rico, el inteligente, el poderoso, tiene mil medios de abrumar al despreciado, pobre é ignorante. La desigualdad excesiva toma mil formas, pero es siempre perjudicial, tiránica; pone en relación elementos que no pueden armonizarse y produce choques entre cuerpos de desigual resistencia. Estos choques, que

podían y debían amortiguarse, suelen hacerse más rudos, porque es frecuente ver la miseria moral unida á la material riqueza, ya por el ansia de acumularla sin reparar en los medios, ya por el modo de emplearla. Las grandes riquezas brindan ociosidad, regalos, goces, y si no se arroja la copa del placer resueltamente, la depravación se bebe en ella: es de notar la semejanza que tiene, con la miseria moral del menesteroso, la del gran señor corrompido. Aquel se embruteció por la falta de lo necesario, éste por el abuso de lo superfluo: refractario al trabajo, abandonando la cultura del espíritu, es incapaz de sus goces, y reduciéndose á los de la materia, y cuando más á los de la imaginación, llega indefectiblemente, y llega pronto, la hora del hastío y de la monotonía, propicia al mal hábito. Toda la variedad, en la vida del potentado ocioso y pervertido, no es más que aparente: cambia de traje, de coche, de habitación, de pasatiempos, de espectáculos; pero el que ofrece él mismo poco ó nada varía, porque sus resortes se gastan y va siendo insensible á todos los estímulos. Aquel aparato complicado y costoso de su existencia exterior no logra embellecer su vida íntima; los objetos le ofrecen goces variados é infinitos, pero el sujeto no se halla en situación de utilizarlos; son como manjares apetitosos para estómago enfermo. No puede evitar el hastío quien no trabaja, ni el malestar ni el mal hacer el que se hastía; el opulento, en medio de la riqueza, *carece de recursos*, espiritualmente hablando. Es limitado el campo de los placeres materiales, si se le compara al de los deseos: solo la verdad, la virtud y la belleza, tienen horizontes infinitos. El que á ellos no se dirige, rico ó pobre, se arrastra por las miserias del mundo moral, tiene homogeneidad de existencia, falta de resortes, de elementos varios, de vida, que se estanca ó se congela, produciendo un muro de hielo, ó emanaciones mefíticas, según las circunstancias.

En el rico que se afana por aumentar su riqueza sin reparar en los medios, la miseria moral presenta otra fase. Lo que en el tipo anterior era atonía, en este es fiebre; á la falta de ideas sustituye una idea fija; pero la existencia, por activa, no deja de

ser monótona; si hay variedad, es aparente, y positiva la pobreza de recursos intelectuales y morales; esto es bien sabido y exactamente expresado cuando se dice de un millonario: ¡Es un miserable!

Lo son, en efecto, el derrochador inmoral, el avaro sin entrañas; y su miseria elegante se combina con la andrajosa, en daño de la sociedad.

El lujo que insulta, la dureza que irrita, la corrupción que seduce, el cálculo que explota, encienden cóleras, impulsan crueldades, sobornan conciencias y determinan situaciones en que el menesteroso puede ser una fiera que ha roto la jaula, ó un instrumento vil: se humilla abatido, se somete cobarde, se rebela iracundo, se vende infame, cuando hay quien le agujonea, le oprime ó lo compra. La historia ofrece muchos ejemplos de la mutua fatal influencia de la desigualdad excesiva: de las masas de abajo, mal aconsejadas por el hambre, y las de arriba, que trastorna la excesiva hartura; no hay género de extravío y de prostitución que no favorezca un estado social en que estos contrastes se acentúan y generalizan.

El grande elemento de fuerza, de inmortalidad de nuestra civilización, está en las *clases medias*, distantes de los extremos, que piensan y trabajan, compuestas de diferencias que se armonizan, de fuerzas que se equilibran, de desigualdades que no son esenciales; el gran peligro de nuestra civilización está en las clases extremas, en las diferencias que no pueden armonizarse sino para el mal, en las fuerzas cuya tendencia es á romper todo equilibrio; en todo género de miserias, explotables y explotadas por todo género de opulencias.

Hasta la ciencia y la inteligencia pueden convertirse y se convierten muchas veces en daño, cuando dan sus oráculos á una masa embrutecida que seducen, que fascinan, y por la que también son fascinadas y arrastradas. Pocas veces deja de haber excitación en la elevación del pensamiento, y es raro que no se descompongan más ó menos las ideas que fermentan: por eso el genio necesita el contrapeso del buen sentido; y cuando hay millones de criaturas que carecen de él, contribuyen con su credulidad, con su entusiasmo, con sus iras, con sus dolores, á extraviar á los mismos que las

extravían. Una extravagancia, una vanidad, una idea errónea, un sentimiento compasivo, una aspiración generosa, imposible de realizar, ¿podrían convertirse en sistemas, en especie de monomanías sociales, sin la desigualdad del talento y la instrucción, que brillan, y la ignorancia embrutecida, á quien toda luz deslumbra, dando por resultado que no vea nada ó vea visiones? Si en el orden económico la opulencia tiene medios de abrumar á la miseria, si en el moral se dañan mutuamente, no es menos cierto que, en el intelectual, la desigualdad extrema de la inteligencia cultivada y la suma ignorancia es un peligro para entrambas, pero en especial para los miserables, sobre quienes recaen principalmente las consecuencias prácticas de las teorías erróneas.

Y si aun las inteligencias bien intencionadas están más expuestas á extraviarse y extraviar, marchando entre grandes desigualdades intelectuales, ¿qué no sucederá con las egoistas, deplorables máquinas para explotar la gran mina de la ignorancia? Estas máquinas reciben varias formas y nombres: se llaman religión, libertad, orden, igualdad, prosperidad, justicia, y se perforan con ella las entrañas sociales, enriqueciéndose con el filón dolorido. El salvaje de los bosques lucha, es verdad, pero con fieras que son inferiores á él; el salvaje de la civilización tiene á veces que pelear con fieras que le son superiores, y además están disfrazadas: no se concibe ferocidad mayor que la de quien emplea la inteligencia en sacrificar á los que con ella debía redimir. La fiera docta es un monstruoso engendro de la desigualdad excesiva.

La miseria material é intelectual que se extiende á numerosas colectividades, produce otro gran daño, siendo firme punto de apoyo para las medianías de todas clases: cualquiera, sin ser superior, se encumbra, por el ínfimo nivel á que están multitudes ignorantes y embrutecidas, que no pueden distinguir la medianía del talento, ni este del genio: tan distantes se hallan aún del buen sentido. De aquí resultan influencias sociales, permanentes sin solidez, y poderosas sin elevación. Este mal es muy grave: la superioridad real es hasta cierto punto una garantía; puede torcerse y rebajarse; se abusa de ella como de todo; pero es raro

que de alguna manera no sea beneficiosa, y que siempre infrinja impiamente su ley, que es hacer bien. El mérito verdadero, en medio de sus desfallecimientos, de sus aberraciones, de sus apostasías, aún suele dejar caer sobre las llagas de la humanidad algunas gotas del bálsamo con que fué ungido, y enviarle un rayo de luz; pero la inferioridad que aparece en las alturas sociales, no por elevación propia, sino por depresión ajena, con ideas limitadas tiene pretensiones sin límites, y es un escollo para la moralidad, la posición superior á los merecimientos: escollo en que se estrellan muchos, á quienes las alturas sociales producen vértigo y que *faltan á su deber*, porque no están *donde deben*.

Cuando en grandes masas hay excesivas desigualdades, á los votos sin opinión de abajo, corresponden los engrandecimientos sin mérito de arriba. Y decimos *votos*, prescindiendo de si la ley lo concede ó no al miserable, porque, hoy, todo el mundo vota alguna vez de algún modo, y si los sufragios no se reciben en la urna, se recogen en una gorra mugrienta; si no salen de los comicios, salen de las tabernas, ó de las barricadas, en aclamación entusiasta, en reprobación acre, en quejido lastimero, ó por la boca de un fusil.

En una época en que se proclama la igualdad, en que se ansía, coincidiendo estas aspiraciones con la mayor desigualdad intelectual y económica, bien puede decirse que la igualdad parece un sarcasmo, es un peligro, una causa constante de perturbación, aumentando la miseria que extravía é irrita. La irrita, porque hoy, con la publicidad y la continua comunicación de los hombres, las noticias, como las imágenes en los espejos paralelos, se multiplican indefinidamente, y los contrastes tienen un relieve que los hace más patentes. No es un corto número de reyes ó de señores, que en sus palacios ó en sus castillos gozan comodidades de que solo un número corto de miserables tiene noticia y ninguno clara idea; no. Los periódicos dan descripción circunstanciada de las funciones y banquetes de los ricos, al lado de cuyo lujo parecería miseria la antigua esplendidez: la luz, que compite con la del sol, reflejándose en espejos y mármoles, oro y plata, raso, terciopelo y piedras pre-

ciosas; los acordes de la música, los perfumes de plantas exóticas, la variedad y delicadeza de los manjares, todo se describe en impresos que lee todo el mundo; y los que carecen de lo más necesario saben á donde puede llegar y llega el goce de lo supérfluo: esto se repite uno y otro día, y meses, y años. El hambriento ve los platos regalados al través de cristales que valen una fortuna; el desnudo y descalzo, las pieles de los que van en coche; el que se muere de frío pasa por las cuadras en que hay termómetros para que los caballos estén á una temperatura igual y agradable; y esto sucede á centenares, á miles, á millones de criaturas, porque la aglomeración de las grandes ciudades multiplica los contrastes: los periódicos llevan adonde quiera la noticia de que, en tal parte, la gente no tiene que comer, de que, en tal otra, se ostentan riquezas que dejan atrás las de las mil y una noches, y los caminos de hierro dan en los últimos miserables rincones el espectáculo de sus coches suntuosos. Cuando el afán de igualdad llega á todas partes, el hecho de las mayores desigualdades aparece donde quiera y del modo más propio para poner á prueba la resignación. Así puede decirse que es continuo y general el choque producido por el conocimiento ó la vista de los goces y la mortificación de las privaciones.

La miseria mental no es, por desgracia, sentida. El ignorante no aspira á instruirse, como el pobre á ser rico; y de esta circunstancia resulta que, cuando la igualdad se ansía, y la desigualdad se palpa y se siente, siendo la intelectual tan grande, ni se hallan razones para resignarse con la parte de mal inevitable, ni recursos para remediar el que puede evitarse; y apenas hay medio entre la inacción apática y la actividad violenta y desatentada.

No somos niveladores. La desigualdad, en cierta medida, es necesaria, es un bien; en cierta proporción, es un mal, pero inevitable; pero en cierto grado es un mal que puede evitarse. Si limitar este mal sería siempre un bien, parece una necesidad cuando tiene, además de su valor absoluto, el relativo al medio social en que se presenta.

La ley dice á los ciudadanos: «sois iguales.» La disposición de ánimo dice: «quere-

mos ser iguales.» Las ideas de justicia, como suelen comprenderlas los perjudicados con la desigualdad, dicen: «debéis ser en todo iguales.» Y los hechos dicen y hacen sentir que nunca, en pueblos en que no hay castas, llegó á tan alto grado la desigualdad entre los primeros y los últimos: debiendo notar que son colectividades numerosas las que componen los últimos y los primeros, bastante numerosas para que los odios, los egoismos y los errores se hallen en la fermentación de las grandes colectividades.

En tal estado de cosas, no puede haber situaciones económicas equitativas, ni equilibrios estables; la sociedad, como la tierra, lleva en su seno materias inflamadas é inflamables, y una circunstancia cualquiera determina su explosión.

II.—PRESIÓN SOCIAL.

Todo hombre en sociedad recibe auxilios y halla obstáculos; según son más los primeros que los segundos, estará beneficiado ó perjudicado. A veces, los que proclaman inmejorable el actual orden de cosas, desde el seno de la abundancia ó del lujo, predicán resignación á la miseria, encarecen las ventajas que halla en un pueblo culto el menos favorecido de sus individuos, y hacen comparaciones entre los salvajes y los miserables, que resultan ser muy ventajosas para estos. Debe decirse, en honor de la verdad, que sus adversarios los han llevado á este terreno. Nosotros no los seguiremos, por entender que, entrando en él, nos saldríamos de la cuestión: la cuestión no es comparar á un parisiense con un hotentote, sino á los españoles, los franceses ó los ingleses entre sí, y ver las ventajas que sacan de la sociedad según el lugar que ocupan en ella; y cómo estas ventajas disminuyen á medida que se desciende en la escala social.

¿Por qué se sube y se baja en esta?

¿Hasta dónde llegan las consecuencias de ocupar los últimos ó los primeros escalones?

Si ateniéndonos al lugar que ocupan los que componen la sociedad, la suponemos dividida en tres zonas, veremos que, en la del medio, es fácil permanecer, no ofrece dificultad insuperable subir, y solo baja el que no procura sostenerse; en la superior, se hallan muchos medios para elevarse más y para no descender; en la inferior, todo

contribuye á que se baje, todo dificulta la elevación, y el llegar á los grados superiores es punto menos que imposible.

Y ¿qué condiciones se exigen para colocar á los hombres en circunstancias tan diferentes, que basta á los unos extender los brazos para tomar vuelo, y se sienten otros oprimidos por una fuerza que los abate y abrumba? ¿En qué se funda la clasificación que tales consecuencias produce? Se ha fundado, se funda y se fundará en el nacimiento, que para la gran mayoría de los hombres decide del lugar que ocuparán toda la vida. Unos piensan que en esto hay justicia, aunque incomprensible; otros juzgan que es injusto ó casual; mas para todos está el hecho, brutal ó providencial, pero evidente, de que la gran mayoría de los hombres viven y mueren donde nacen. Los hay que por culpa descienden; los hay que por mérito se elevan; pero ¿cuántas culpas necesita cometer el que pertenece á una familia rica para morir en la miseria, y cuántos méritos para salir de ella el hijo de un miserable!

Así, pues, el nacimiento (salvas excepciones que pueden ser numerosas, pero que no invalidan la regla) es el que clasifica, y las consecuencias de esta clasificación serán graves, y pueden ser terribles, para el que se encuentra colocado en el lugar ínfimo de la escala.

Primeramente, tiene más probabilidad de morir en la infancia, porque los hijos de los miserables (1) pagan mayor tributo á la muerte; y de seguro llorará sin que nadie lo acalle, y sufrirá más que si perteneciera á una familia bien acomodada. Rodeado de tentaciones y de malos ejemplos, son para él virtudes difíciles las acciones espontáneas en niños más afortunados. Estos, que nunca tienen hambre ni frío, ¿qué mérito contraen al respetar la prenda de vestir que ven colgada en la tienda, el manjar apetitoso que no devoran con los ojos?

Llega la edad de las pasiones, que hallan al joven miserable como barco sin timón en

(1) Nótese bien, que decimos *miserables*, y no *pobres*; los hijos de los muy ricos, de los potentados, también creemos que enfermarán y morirán más; aunque no puede comprobarse por no tener estadística especial. Los vicios, la vida muelle y preternatural, es decir, la miseria del espíritu de sus padres, los equiparan, respecto á las enfermedades y la muerte, á los que nacen en la material miseria.

mar borrascoso: instrucción, dignidad, buenos ejemplos, idea del honor, probablemente religión: todo le falta para hacer callar la voz tentadora.

Si comete una falta que en el rico sería atenuada ó se ocultaría, él halla rigor inexorable, por la brutalidad del padre ó por la severidad de la ley; siendo tan fácil, tan disculpable á veces, que se aparte del buen camino, una vez desviado, encuentra menos auxilios para volver á él que motivos para extraviarse sin remedio.

La vida, tan fácil para otros, él ha de *ganarla*. ¿Se indica con esta palabra que la tiene perdida, ó que la perderá si no se esfuerza mucho? Bien puede ser: porque el descuido ó la imprudencia, que en otro se repara con facilidad, en él puede y aun suele ser irreparable. El joven bien acomodado *pierde uno ó dos años*, retrasa su carrera, la varía ó permanece ocioso, sin que la ley le persiga ni la opinión le repruebe; el joven miserable que vive un par de años sin trabajar, está irremisiblemente perdido. Forma una familia. ¡Qué de dificultades, de luchas para sostenerla! El hijo, que al nacer llena de alegría la casa del rico, es en la suya una carga pesadísima, porque exige cuidados que no pueden dársele, medios que faltan, y pone á duras pruebas el amor del padre que, hambriento, parte uno y otro día con sus hijos la escasa ración. En medio de la suciedad y de los harapos, es un cuadro sublime la comida de la familia miserable, en que cada pedazo de pan es una hostia consagrada por la abnegación. En este sacrificio constante é ignorado, ¡cuán alta está la virtud y en qué peligro! ¡Cuántos opulentos, que acusan al miserable de no hacer bastante por sus hijos, son incapaces de hacer, y aun de comprender, la mitad de lo que aquél ha hecho por ellos! En todo caso, el sostenimiento de la familia, que en unos no exige esfuerzo alguno, y en otros es un trabajo llevadero, constituye para el miserable un peso á veces superior á sus fuerzas y que le abruma.

Niño, joven y hombre, halla abiertos pocos caminos, y penosísimos, con obstáculos renacientes y tinieblas que no tiene medio de disipar.

Hay ciencia; no puede adquirirla. Hay prosperidad; no participa de ella. Hay de-

rechos; los suyos están mermados, por las leyes, ó por su incapacidad de utilizarlos. Hay poesía; para él solo existe la prosa de una realidad abrumadora. Hay espectáculos, en que brillan á porfía las bellas artes; él no tiene más que el de su desventura, ó, al distraerse de ella, alguno que contribuirá á que sea mayor. Lo que para otros son estímulos se convierten para él en tentaciones; en medio del progreso, permanece estacionario, retrógrado, y más fácilmente comprende la fatalidad que la Providencia.

Proporcionalmente á las ventajas que saca, á las comodidades de que goza, á los medios de que dispone, paga más contribución, mayor precio por cuanto consume, por la casa en que vive, y hasta por el carruaje—si alguna vez viaja. Su falta de crédito le pone bajo las garras de la usura; sus harapos le hacen sospechoso á la policía. Encuentra pocos elementos para relaciones armónicas que puedan serle útiles, porque sus pares, los que no se retraen de intimar con él, se hallan en igual situación, y nada bueno puede resultar de poner en común miserias físicas y mentales. Para luchar con tantas fuerzas hostiles, encuentra donde quiera desventajas y escarmientos; alguien que en mejor posición y con mejores armas le vence. Si la patria le llama para que la defienda, si derrama su sangre, si arriesga su vida, si la pierde, su cuerpo se arroja á la ancha zanja, su nombre al olvido, y los ascensos, las distinciones y la gloria son para los que ocupan puestos más elevados, en que el mérito puede verse y el sacrificio recompensarse. Hay miles, millones de criaturas, que, con derechos (escritos) de hombres, viven en condiciones irracionales de que hoy no pueden salir; y al cúmulo de ligaduras que las sujetan y de pesos que las oprimen, hemos dado el nombre de *presión social*, presión terrible que exagera las faltas, que mengua los merecimientos, que esteriliza los esfuerzos, que incita los apetitos, que comprime las nobles facultades, y que hasta mutila al hombre moral, relevándolo ignominiosamente de parte de sus deberes.

Nosotros no admitimos *cuarto estado*; no vemos división marcada de *clases*; pero observamos *situaciones esencialmente diferentes* en colectividades numerosas, á quienes

se habla de derechos ilusorios y de igualdades mentidas.

Se consigna la igualdad en la Constitución, y se reconocen á *todos* los ciudadanos *todos* los derechos civiles y políticos. ¿Y después? Después, el que tiene hambre puede ser capitalista; el que no sabe leer puede ser profesor, el que va descalzo puede ser diputado, ministro. ¡Puede! Al lado de esta posibilidad ilusoria, están las imposibilidades reales, las contradicciones desdichadas, los peligros evidentes, de suponer abiertos caminos que están cerrados.

Y que la presión social abrumba á miles de criaturas, es cosa que, si no confiesan, reconocen los que de ella se ocupan, ya lo hagan con amor compasivo ó con frialdad hostil: si se prescinde de esos momentos fugaces, en que adula al pueblo la ambición que le necesita ó el miedo que le teme. ¿Cómo se trata del pauperismo, cuando se discute alguna ley ó se propone alguna medida para mejorar la condición de los miserables? Reflexionando sobre lo que se dice, se hace ó se proyecta. ¿Quién no ve que, tácita ó expresamente, parten todos de la suposición de tutela, de patronato, de dirección, de auxilio, de socorro dado á masas que se hallan en un estado mísero, del que por sí mismas no pueden salir? La instrucción *gratuita*, como una limosna; *obligatoria*, como dirigida á quien desconoce lo que le conviene; el derecho al trabajo, que supone entre otras cosas la incapacidad para hallarlo; la fijación legal de las horas que ha de durar, como si el trabajador estuviera imposibilitado (y suele estarlo) de estipular las condiciones con que lo ofrece; las contribuciones indirectas, cuya injusticia se excusa con el despilfarro y la imprevisión de aquellos sobre que principalmente pesan, etc., etc.: cuantas medidas se proponen ó se adoptan respecto á los miserables tienen carácter de *protección* ó de *represión*, y prueban que se considera en ellos una fuerza sin razón ó una razón sin fuerza; es decir, una incapacidad.

Y la tiene en efecto. ¿Quién, hablando sinceramente, dirá que los miserables pueden salir de la situación en que se hallan, sin ajeno auxilio, ni aun vivir en ella, sin recibir socorro? ¿Quién dirá que saben por

dónde les viene su desdicha, ni que tienen medios de conjurarla? ¿Quién dirá que no es preciso instruirlos, moralizarlos, sostenerlos moral, y á veces físicamente, procurar que se asocien, que economicen, recogerles sus ahorros, apartarlos de los peligros á que ciegamente se lanzan, y de las diversiones, que son su mayor peligro? ¿Quién dirá que, sin perseverante, inteligente y caritativo esfuerzo *ajeno*, pueden mejorar la condición propia? ¿Quién dirá que, si se estudian, si se compadecen, si se consuelan sus dolores, el estudio siempre, el consuelo y la compasión las más veces, no les vienen de afuera? ¿Quién dirá que, aun en los momentos en que aparecen omnipotentes, no es ilusorio su poder y hasta su personalidad, puesto que no hay en ellos *mente* que agite la *mole*, y que no saben moverse, sino detrás de alguno que los guía ó los extravía?

No creemos que razonablemente puedan contradecirse estas afirmaciones; y si son ciertas, ¿no lo es también que una parte de la sociedad ejerce presión sobre la otra, puesto que la incapacita para moverse por sí misma y se halla en el caso de esos enfermos que, necesitando quien los auxilie para todo, exclaman: *No me puedo valer?* Los miserables no pueden valerse.

Tal vez se responda que la sociedad los auxilia, y que lejos de haber *presión social*, hay solicitud y benevolencia y justicia y caridad social, lo cual hasta cierto punto es cierto; pero hasta cierto punto nada más, porque mientras no se *armonicen* con la sociedad, mientras no sean una parte *suya activa é inteligente*, que no necesite tutela ni especial protección, ni ella ha cumplido todos sus deberes, ni realizado los posibles y necesarios progresos. Penélope destejía por la noche lo que tejía por el día; la sociedad deshace con frecuencia con una mano lo que ha hecho con la otra, y despliega grandes recursos y esfuerzos para levantar á los mismos que arroja por tierra.

¿Quién derribó á los millones de caídos? ¿Sus vicios, sus delitos, sus culpas? No hay tantas en ningún país; y si las hubiera, no podrían cometerse sin que más ó menos directamente la mayoría tomase parte en ellas. Pero no: la esfera de la culpa es mucho menos extensa que la de la desgra-

cia, y los caídos, la mayor parte, no han podido evitar la caída; puede decirse que *nacen ya en el suelo* é impossibilitados de levantarse.

Y ¿por qué así? ¿Es error, es egoísmo, es ignorancia? Las tres cosas. Pero, ¿cuál época será la responsable: esta en que vivimos, la anterior, las que la han precedido? Todas, que se van legando el mal y el bien en proporciones varias: benditas y maldecidas herencias, que es inevitable aceptar sin distinción, porque no pueden recibirse á beneficio de inventario. Que se vea el mal en toda su extensión, sin ocultar la parte más mínima, es conveniente, es preciso; pero sería injusto exigir toda la responsabilidad á quien solo tiene una parte y no la mayor. ¿Puede nuestra generación, por más que piense, sienta y trabaje, purificar tantas impurezas, levantar á tantos caídos, convertir verdaderamente en personas dignas y libres á los esclavos que en vano emancipa la ley, cuando no lo son de los hombres, sino de las cosas? Pero *las cosas* es una manera de decir abreviada, que significa, ó leyes naturales, ó condiciones históricas, ó la combinación de entrambos elementos; y hay que distinguir los persistentes y eternos, que sólo pueden variar en la forma, de aquellos que en la esencia pueden ser modificados, y huir de dos escollos en que se da con mucha frecuencia: llamar imposible á lo difícil, y tener lo dificultoso por fácil.

Que la *presión social* existe, es un hecho.

Que puede disminuirse, es una verdad.

Que si no se combate, crece, constituyendo dolores, peligros, un estado de injusticia permanente, no nos parece dudoso para nadie que reflexione con ánimo sereno. Si las fuerzas sociales y su dirección pudieran medirse como las de una máquina, se vería que impulsan, en sentido de elevar á los que están por encima de cierto nivel; y á los que están por debajo, los oprimen, haciéndolos descender cada vez más, si con grande esfuerzo no se contrarresta esa tendencia. Hay que aspirar á que nadie esté bajo esa línea, sujeto á esa presión abrumadora; y que si hay algunos, sean individuos, por culpa suya, y no masas, por complicidad social.

NOTA PRELIMINAR

AL ESTUDIO DE NUESTRA ARQUITECTURA CRISTIANA,

por el Prof. D. Ricardo Velázquez,

Cated. de la Escuela Superior de Arquitectura (1).

Para estudiar nuestra arquitectura cristiana en los primeros siglos de la Edad Media, conviene tener en cuenta ciertas notas características que en breve resumen expongo á continuación.

Si bien España, como provincia romana, vivió, á la caída del imperio de Occidente, de la tradición latina, y su arquitectura fué, como la de todos los pueblos que habían tenido igual dependencia, un reflejo de la arquitectura del imperio, acomodada á las nuevas necesidades de la sociedad cristiana, contiene, como todas, ciertos gérmenes propios que, tan luego como se debilita aquella relación y se presentan condiciones favorables, comienzan á manifestarse. Entre nosotros, la distingue además un mayor predominio del carácter bizantino.

Conviene ante todo tener en cuenta que *bizantino* no quiere decir, como á veces suele entenderse, el estilo propio de Santa Sofía; sino que, en toda su generalidad, comprende ciertos caracteres de las construcciones anteriores, en los que el nuevo tipo se inicia y desenvuelve paulatinamente, hasta llegar al apogeo que representa aquel templo, mejor quizá que ningún otro.

Este carácter bizantino de la arquitectura española, durante los siglos v al x sobre todo, se explica por ciertos hechos de carácter general histórico, que no haremos más que mencionar aquí, por ser de todos conocidos. De ellos, prueban unos cómo las relaciones de España con el imperio de Oriente fueron frecuentes y sin interrupción en todo ese primer período de la Edad Media; y otros, la dependencia en que parte de la Península estuvo de dicho imperio. Es sabido que, al entrar los visigodos en España, venían de servir á los bizantinos, y que á su contacto con el imperio de Oriente se debe su conversión al arrianismo y su superior cultura (así como la de los ostrogodos), respecto de los demás ger-

(1) Notas tomadas por un alumno de la clase de Historia de la Arquitectura.

manos, y su natural tendencia á imitar las artes y costumbres bizantinas.

Cuando Narsés conquista á Italia y la incorpora al imperio de Oriente, los visigodos, ó al menos una parte de ellos, invocan el auxilio de Justiniano para sostener á Atanagildo contra Agila, recibiendo los griegos como compensación Valencia y la Bética Oriental. Esta intervención fué, no solo política, sino religiosa también, por el carácter de la autoridad imperial en Oriente, manteniendo el episcopado católico trato frecuente con Bizancio. Así, por ejemplo, el obispo de Cartagena no concurría á los concilios de Toledo.

La corte visigoda, por su parte, vive en relación no menos frecuente é íntima con los emperadores bizantinos. Leovigildo se casa con Teodosia, hija de Severiano, gobernador griego de la provincia de Cartagena. Su hijo Hermenegildo llama y obtiene ayuda de los bizantinos contra su padre. Fué, pues, la época visigoda en España predominantemente bizantina.

En la época árabe, este pueblo se encarga de continuar y acrecentar la relación con Oriente, que á su vez mantienen viva las ciudades reconquistadas en el Mediterráneo; sobre todo después de las Cruzadas, por el gran comercio que los puertos de Italia, Francia y España hacen con Constantinopla, la costa del Asia menor, Siria y Alejandría.

Si aparte estas pruebas indirectas y de carácter general histórico, nos fijamos en las que á los monumentos mismos arquitectónicos se refieren, importa consignar primeramente la semejanza que la arquitectura cristiana española presenta con la del Norte de África; donde á la vez, y con mayor intensidad que en nuestra Península, se dejó sentir la dependencia de Bizancio, de que era provincia. Los restos de Tebessa (Argelia) son buen ejemplo de dicha semejanza.

En los monumentos de España encontramos como rasgos propios de este carácter bizantino de la arquitectura cristiana, durante este período, los siguientes.

a) Planta y disposición de los templos. No se conserva subsistente casi nada, salvo San Juan de Baños, cuya analogía con los del Norte de África es grande, v. gr., con los restos de algunas iglesias de Argelia

que se supone pertenecen al tiempo de Constantino. Muéstrase el carácter bizantino en que estas iglesias, como las bizantinas, tienen una ó tres naves longitudinales con tres ábsides; mientras que debe recordarse que las latinas solo tienen uno, heredero del exedra: pues si San Clemente de Roma tiene tres, los dos laterales han sido agregados posteriormente. Tampoco tienen crucero, al paso que los latinos lo emplean. En España juntan los tres ábsides bizantinos con el crucero latino, y este se eleva á veces á más altura, como puede verse en San Miguel de Lino, en Santullano de Oviedo y en San Pedro de Nave (Zamora): otro tanto acontece en algunas iglesias pequeñas de Lombardía.

b) Cubiertas. La cubierta propia de las primeras iglesias cristianas, así bizantinas como latinas, fué de madera, hasta el punto de que, aun en algunas iglesias con cúpulas, como el Anastasis de Jerusalem, según la descripción de Leo Allacio y Juan Focas, esas cúpulas eran de trozos de madera. La pobreza de la iglesia cristiana en los tiempos primitivos siguió en la latina; á diferencia de lo que ocurre con la riqueza bizantina. De aquí, que los primeros cristianos, y luego los de la iglesia latina, se ven obligados á renunciar á la bóveda y á adoptar dimensiones reducidas en sus edificios, teniendo á la vez que estudiar la manera de disminuir las masas: por donde sus obras son las más ligeras, las que presentan una menor relación entre las masas y el espacio cubierto (aun incluso las góticas), pues no habrían podido conservar la bóveda, según se la entendía entonces, ó sea, á la manera romana, sin usar grandes, y por lo tanto, costosos apoyos.

A veces, la cubierta de madera en la nave central alterna con bóvedas de arista en el crucero y las naves laterales (San Miguel de Escalada); otras, en las pequeñas iglesias, usan solo cañón seguido, que es lo que mejor sabían construir, y queriendo hacer á modo de cúpula, lo elevan en el centro, según ya se ha indicado. Es de advertir que, entre nosotros, no aparecen, ó al menos no se conservan, cúpulas propiamente dichas, hasta el siglo x (en Cataluña). Las iglesias de Asturias ofrecen por su parte la especialidad de tener siempre bóveda de cañón seguido, hecha con hormigón, á la

romana (en Santa Cristina de Lena, sin embargo, están hechas con toba, como en el siglo XIII), y de resaltar además los arcos formeros, por ser de piedra, á diferencia de los romanos, que son de ladrillo y quedan embebidos en el espesor de la bóveda. Así ocurre también luego en las construcciones románicas. Resulta, pues, que la cubierta propia de la arquitectura cristiana en estos tiempos fué la de madera, salvo en la rama bizantina, á partir casi de la época de Justiniano: hasta que viene el estilo románico, y con él nuevamente la bóveda, por los inconvenientes que las cubiertas de madera tenían.

c) Empleo de los contrafuertes. Los monumentos asturianos ofrecen en este punto el ejemplo más antiguo. En la arquitectura lombarda no hay contrafuertes hasta fines del siglo X, y menos como sistema general; y en las demás arquitecturas, no se presentan hasta el XI. Además, en Asturias, estos contrafuertes son de piedra y á veces decorados (Santa María de Naranco). Quizá preceden, pues, los monumentos asturianos 200 años, en el empleo de los contrafuertes, á los de todos los demás países.

d) Elementos decorativos.—Los elementos decorativos afectan diferentes formas, derivadas en lo general de la arquitectura romana de los últimos tiempos del imperio, aunque tratadas de una manera bárbara; otros presentan formas más ó menos originales. Pero en todas ellas la manera de estar labrada la ornamentación recuerda y se asemeja más al estilo bizantino que al romano, pareciéndose más que á ninguna á los restos de la arquitectura cristiana, encontrados en la Siria central por el Conde de Vogüé, y á los de la misma época de Túnez y de todo el Norte de África (especialmente de Tebessa): analogía que ya en el siglo XVI hacía notar Pedro de Vargas, cuando decía que los restos de Mérida eran obra de los cartagineses, porque eran iguales á los que se encontraban en Túnez y otros puntos de la antigua Cartago.

Otro elemento muy característico é importante de la ornamentación de esta época es el geométrico, formando discos, rosas, estrellas, puntas de diamante, etc., tratadas ó labradas á bisel, á la manera bizantina, como toda la decoración. Estos elementos, que se encuentran en España desde

muy antiguo, en piedras y barros de los tiempos más primitivos, aparecen también formando parte de la ornamentación en la época romana, como lo testifican las numerosas é interesantes lápidas que se conservan en el Museo de León, adornadas con aquellos elementos, los cuales son, después de todo, los que aparecen en las épocas más remotas de todos los pueblos, y constituyen todavía el elemento decorativo de las macanas y otros objetos de las tribus del interior del África, de Oceanía, etc.

REVISTA LITERARIA,

por el Prof. D. Rafael Altamira,

Secretario del Museo Pedagógico.

Realidad, drama en cinco actos y en prosa, de don Benito Pérez Galdós.

Desde hace tiempo venía anunciándose que el Sr. Pérez Galdós abrigaba el propósito de dar una obra á la escena. Este propósito se ha cumplido con el drama *Realidad*, estrenado con éxito en el teatro de la Comedia el día 15 del próximo pasado mes. No necesito entretenerme en contar el argumento: está calcado sobre la novela del mismo título que publicó el autor de *Marianela* hace dos años y que todos conocen. Me limitaré, pues, á presentar algunas notas críticas sobre el drama.

El cual, comenzaré diciendo que tiene, á mi juicio, verdaderas condiciones teatrales. No es uno de esos trasplantes de la novela al teatro, que—como el de *Le père Goriot*, intentado hace poco en París—pierden todo el valor de la primera, sin alcanzar el relieve del segundo. Quizá se debe esto, en primer término, á que la novela misma la concibió y la escribió el autor como drama. El esfuerzo de adaptación ha sido, por tanto, menor, y ha dado lugar á sorpresas todavía no bien explicadas: á que pasajes de cuya plasticidad teatral dudaban algunos, la obtuvieran, en grado mayor, quizá, que otros de que se pensó lo contrario. La inexperiencia del autor (¿necesito advertir que uso la palabra «inexperiencia» en un sentido altamente respetuoso, y solo para señalar el hecho de la novedad en la aplicación de las facultades del artista?), el tributo obligado de los primerizos en todo género literario á las difi-

cultades de procedimiento que el género lleva consigo, nótase, desde luego, en dos cosas: un poco de exceso en la extensión del drama y la equivocada consideración de que un episodio basta para llenar un acto, sin producir (como produce realmente) cierta solución de continuidad en la marcha *dramática* de la acción y en el interés de los oyentes.

Para el drama, el acto tercero sobra. Es verdad que algunas de sus escenas hacen suma falta para condensar mejor la atmósfera de motivos que precipitan á *Viera* á su trágico fin; pero esto mismo pudo exponerse de otro modo, incorporándolo á los actos anteriores.

Otras cosas pudieron suprimirse, en gracia á la unidad de la impresión que, no lo olvidemos, se impone en el teatro. El teatro es tirano, ya se sabe: convencional y absurdo á veces: muy lejano de la libertad amplia y digresiva que permite la novela; pero si se acepta, si se va á él, es preciso amoldarse á todas sus condiciones de género imperfecto y rudimentario. ¿Las condiciones clásicas? Claro que no: consiente, y mucho, novedades y aligeramientos, vientos de realidad y frescura. Galdós mismo ha dado de esto una prueba muy superior á las que no hace mucho encantaban á nuestros vecinos en dramas de *Lemaître* y del *Teatro libre*. Pero estas innovaciones tienen su barrera, y saltarla... es saltar el género. Verdad es que, quizá, al fin será esto lo que se imponga.

No obstante estas reservas que expongo, el acto tercero gustó muchísimo, porque, como acto, sin pensar que pertenece á otro drama, es una maravilla de gracia, de movimiento, de experiencia y observación mundanas, de intención y naturalidad en el lenguaje.

Para nada sirve allí el padre, y menos aún la hermana de *Viera*; ¡pero es aquel tipo tan admirablemente caracterizado!; se mueve de una manera tan humana, y dice unas cosas tan cómicas y tan reales, que el público, á pesar de no entenderlas quizá todas, aplaudió calurosamente el acto.

El segundo y el cuarto son los más dramáticos y, sobre todo, los más teatrales. Es más original—entiéndase bien, más nuevo en la historia de nuestro teatro—el acto segundo (y especialmente su segundo cua-

dro) que el cuarto: la catástrofe de éste (el suicidio de *Federico*) se imponía; es la de muchos otros dramas, incluso en la situación que la precipita: la entrada de *Augusta*. Pero así y todo, hay en él motivos enteramente originales, de un gran relieve, de un gran acierto dramático: v. gr., la visita de *Orozco*, á la cual rodea un misterio, una cierta vaguedad visionaria, con que *Federico Viera* contagia á los espectadores; y su preparación, en suma, aunque tiene pormenores que (también con mucho respeto) diría yo ahora pueriles, es de grande efecto emocional. Sólo un incidente parece aquí, en el drama, forzado: las reflexiones sobre el libro de rezos de la madre de *Federico*. Al lado de otras finuras, resulta demasiado efectista, con tener frases de verdadero calofrío para el que escucha; como resulta duro é indigno (castigo justo de su falsedad artística) el pormenor de que *Infante* empuje á *Viera* al suicidio, nada menos que presentándole un revólver.

El acto quinto—trasunto del capítulo último de la novela, con el episodio de la sombra inclusive—produce un efecto muy raro, después de la explosión trágica del final cuarto.

Algunos críticos han entendido que sobra, que distrae la atención, llevándola á un nuevo problema, que es como otro drama; pero precisamente la idea del autor se contiene—á mi entender—en este acto quinto. Para él ha hecho los restantes; suprimirlo, sería borrar la originalidad y la intención de la obra.

En aquel perdón; en aquella indiferencia, no fría (puesto que viene con lucha), sino piadosa, hácia las pequeñeces del mundo; en aquel profundo sentido moral con que *Orozco* mide la elevación ideal de *Augusta*, no por la falta cometida, mas por la dureza de corazón y el miedo físico que le impiden confesarla, está el drama todo, porque está la más noble y levantada idea que representa. Al llegar aquí, olvídase la muerte de *Federico*, la complejidad de su carácter, su falta y su divorcio al propio tiempo con *Augusta*, la extraña intimidad con la *Peri*...: todo es mero accidente, que rodea, motiva é ilumina la figura moral de *Orozco*, que algunos críticos tienen por indiferente, nada humana ni verdadera. Que no la mueven las mismas pasiones y sentimientos que á los

demás hombres, es verdad; que no es un marido como la mayoría de los maridos sublunares, ciertísimo; pero también lo es que no hay que juzgarlo de ese modo, según el cual, el marido de *La Dama del mar* de Ibsen resultaría condenado artísticamente. Hay que ver en *Orozco* el ideal que representa, la victoria que predica y obtiene sobre las miserables pasiones del amor propio humano; el sacrificio de todo egoísmo que hace, frente al egoísmo vengativo de los tipos clásicos en nuestro teatro del siglo xvii (*A secreto agravio secreta venganza*, etc.), como ha observado la Sra. Pardo Bazán en su *Teatro crítico*. Y después de todo, ¿por qué no ha de haber Orozcos en la realidad actual? Nótese que *Orozco* no perdona á su mujer: la perdonaría, si ella tuviese la suficiente grandeza de alma para confesar su culpa. Lo que hace es despreciarla, es despojarse de ella como de una ilusión marchita, como de una cosa que ha dejado de ser interesante, hacia la cual siente algo menos que indiferencia y que le estorba. Parte de este abandono concenlo muy bien, en el terreno de la amistad y aun del amor sexual, aquellos que guían su vida por motivos ideales y los sobreponen—sin artificio, en fuerza de una educación que ha echado raíces—á los meros afectos personales, que no conciben aislados de la *estimación* que solo producen las cualidades nobles del espíritu. Pero los hombres que así piensan, no llegan nunca á *despreciar*, ni hacen abstracción absoluta de la persona caída; sino que guardan siempre hacia ella una amorosa tutela, dispuestos á toda hora á prestar su apoyo para la redención y á abrir sus brazos al hijo pródigo de la moral. *Orozco* no llega á tanto. En medio de su rigidez de principios, es egoísta y poco piadoso, puesto que se desprende de su mujer, como de cosa ya inútil; ó cuando menos carece de fe bastante, pues no parece creer en ulterior corrección, ni sigue amando al culpable en ley de humanidad. Tal es la falta grave—falta de lógica y de psicología ideal—que puede achacarse á este personaje un poco vacilante y contradictorio.

A pesar de ello, el drama de Galdós ofrece un ejemplo de contenido ideal que hace buena falta á toda nuestra literatura; uniéndose, mediante él, al novísimo é inte-

resante movimiento ético y espiritualista que agita á los escritores modernos, desde G. Duruy á Mrs. Ward.

En punto á los caracteres hé aquí lo que pienso. *Federico* está más borroso en el drama que en la novela; sale poco y le falta tiempo para caracterizar en firme su alma, tan rica en contradicciones y conflictos, alma predestinada al suicidio, por aquello que Schopenhauer dice, de que «nadie se mata por cosas claras». Resulta, también, más indigno, más canalla que en la novela. *La Peri* deja ver más su exterior vulgar, el que conocen todos los que la visitan, que el fondo de emoción amistosa é inexplicable que la une á *Viera*, y que constituye uno de los hallazgos psicológicos de Galdós. *Augusta* dice y expresa todo lo que se necesita para el drama; su pasión, el divorcio moral con su marido y la terrible, humana flaqueza y pequeñez de su alma para todo lo ideal. *Orozco* (aparte de lo que ya va dicho) causa un poco de sorpresa, porque no se revela bien hasta el acto quinto; pero esto se explica: ¿hay en el drama otra ocasión oportuna y de tanta gravedad para que se revele, ni acaso en la vida se producen lo mismo los hombres cuando las circunstancias son normales, que cuando adquieren éstas una importancia y trascendencia inusitadas?

Resta decir que el estilo es, en todo el drama, fácil, escogido, no pomposo, sino natural y llano, henchido de pensamiento y con toques dramáticos acertadísimos. La composición es muy realista, sobre todo en los dos primeros actos; y en toda ella ha sabido prescindir el autor de ciertos recursos tradicionales y efectistas, verdaderos ripios del teatro que malogran muy á menudo el éxito de obras por otra parte apreciables.

INSTITUCIÓN.

CORRESPONDENCIA.

D. M. S.—*Zaragoza*.—Recibida libranza de 5 pesetas para pago de su suscripción correspondiente al año actual.

D. L. P. y E.—*Zaragoza*.—Idem de 10 id. por su suscripción del año de 1891.

D. T. R. de C.—*Badajoz*.—Idem de 10 id. por su id. de este año.

D. F. A.—*Oviedo*.—Idem de 10 id. por su id. de id.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29